

LA IMAGEN CULTURAL MODERNA DE LA SIERRA DE GUADARRAMA Y SU PROYECCIÓN TURÍSTICA

Nicolás ORTEGA CANTERO
Universidad Autónoma de Madrid
nicolas.ortega@uam.es



La valoración cultural moderna de la Sierra de Guadarrama se conformó en los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX. Tras las visiones que ofrecieron con anterioridad, durante la primera mitad del siglo XIX, los viajeros románticos, que dieron un primer paso en el camino del descubrimiento de su paisaje, fueron Francisco Giner de los Ríos y sus colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza los que acuñaron la imagen moderna de la Sierra de Guadarrama. En la revista *Peñalara*, se habló, no sin razón, de un paralelismo entre Rousseau, “el descubridor de la belleza alpina”, y Francisco Giner, que “fue para nosotros el revelador del Guadarrama” (PEÑALARA, 1915: 33). Y Eduardo Martínez de Pisón ha incluido la visión de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Giner y por la Institución Libre de Enseñanza entre las que contribuyeron de manera más destacada a conformar el significado cultural de determinadas montañas, desempeñando en ese sentido un papel similar al de Saussure para el Mont Blanc, Ramond para el Monte Perdido, o Humboldt para el Teide (MARTÍNEZ DE PISÓN, 1983: 139). Al círculo institucionista se debe, en efecto, el descubrimiento moderno del paisaje de la Sierra de Guadarrama, en el que supieron ver, junto a sus rasgos naturales y geográficos, un conjunto de valores culturales particularmente significativos.

1. LA VALORACIÓN CULTURAL DEL PAISAJE DEL GUADARRAMA

A lo largo de sus sesenta años de existencia, desde que se fundó, en 1876, hasta que tuvo que cerrar sus puertas, en 1936, la Institución Libre de Enseñanza impulsó la modernización del panorama cultural de la España de su tiempo, introduciendo y

desarrollando los planteamientos más actualizados de otros países. El suyo fue un empeño de auténtica europeización, de incorporación de las claves mayores de la cultura europea —su “sustancia”, como decía Juan López-Morillas, no sus “accidentes” o sus “formas aisladas” (LÓPEZ-MORILLAS, 1980: 29-30)—, sin olvidarse por ello de la debida valoración de lo español, del propio horizonte cultural. Se aunó la innovación y la tradición, lo propio y lo foráneo. Había en la Institución, como decía Azorín, “una nota de universalidad y otra nota de españolismo”, y ambas se hallaban en el pensamiento de su principal impulsor, Francisco Giner de los Ríos. “Giner y su europeísmo —escribe Azorín—, aliado al amor por el paisaje de Castilla. Giner, europeo y apasionado del Guadarrama” (AZORÍN, 1929: 6-7).

En esa perspectiva europeizadora se inscriben la recepción por parte del círculo institucionista de la tradición geográfica moderna, y el modo de entender el paisaje que formaba parte, y parte importante, de esa tradición. Francisco Giner y, tras él, la Institución Libre de Enseñanza incorporaron y desarrollaron la manera de entender el paisaje que había iniciado Humboldt a principios del siglo XIX, directamente conectada con el horizonte romántico, que se caracterizaba por aunar de manera equilibrada la mirada científica y la artística, la explicación y la comprensión, la razón y el sentimiento. De ese modo, pudieron superar los límites estéticos de las anteriores imágenes románticas y adentrarse en un modo de entender el paisaje más amplio y también más complejo, simultáneamente interesado en explicarlo y comprenderlo (ORTEGA CANTERO, 2001).

Giner y sus compañeros de la Institución asociaron estrechamente su visión del paisaje a sus ideas y proyectos, a su horizonte intelectual, educativo y político. El círculo institucionista, con Giner en cabeza, participó activamente en lo que Inman Fox definió como “la construcción de una identidad nacional española” (FOX, 1997: 15), y su forma de percibir y valorar el paisaje estuvo directamente relacionada con los diagnósticos y las aspiraciones de ese horizonte nacionalista. Para Giner y para la Institución, acercarse al paisaje era un modo de acercarse al pueblo español, a su carácter y a su historia. La consideración del paisaje ocupó así un lugar destacado en el horizonte historiográfico del círculo institucionista, y lo ocupó también a la hora de entender y procurar descubrir, de acuerdo con ese horizonte, los rasgos característicos de la propia identidad nacional. Su modo de entender el paisaje comprendía una clara intención de afirmación nacional, de búsqueda de las notas distintivas de la identidad nacional española. En esas coordenadas se situó la visión del paisaje de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

En el artículo que publicó en 1886, con el título de «Paisaje», en *La Ilustración Artística*, Giner ofreció una imagen del paisaje de la Sierra de Guadarrama que contenía todas las claves de su nuevo modo de percibirla y valorarla (GINER DE LOS RÍOS, 1886). Habla de su caracterización natural, de las formas de su relieve y de su vegetación, conecta los rasgos naturales con sus notas estéticas, y añade después lo que constituye sin duda la parte más significativa de su visión de ese paisaje: la valoración

moral, la atribución de cualidades de ese signo que contribuyen decisivamente a conformar su significado cultural. Al igual que en el de Castilla, del que forma parte, en el paisaje de la Sierra de Guadarrama distinguió Giner un conjunto de valiosos atributos morales —robusta fuerza interior, severa grandeza, nobleza, dignidad, señorío, esfuerzo indomable, gravedad, austeridad, carácter y modo de ser poético—, que se correspondían con los que consideraba propios, distintivos, del pueblo castellano (y español). El paisaje del Guadarrama expresaba así los valores que el horizonte historiográfico de Giner y de la Institución atribuyó a Castilla (la Castilla medieval), y que, a través del protagonismo histórico castellano, contribuyeron de manera decisiva, según ese mismo horizonte, a conformar la comunidad cultural y nacional española. Esas correspondencias, esas conexiones establecidas entre las cualidades del paisaje y los rasgos característicos de la propia historia y de la identidad cultural y nacional resultante de ella, fundamentan el significado de la imagen cultural de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Giner y, en general, por el círculo institucionista.

Acercarse al Guadarrama, andar por sus caminos y subir a sus cumbres, era, para los institucionistas, una forma de elevarse a una mejor comprensión cultural, histórica y nacional, de Castilla y de España. “Giner y sus amigos —escribió Joaquín Xirau— emprendieron el camino de la Sierra. Fue uno de sus primeros y grandes descubrimientos. Desde lo alto de la Sierra dominaban Castilla y desde Castilla España entera” (XIRAU, 1969: 42). El paisaje de la Sierra de Guadarrama se convirtió así, dentro del horizonte reformista y patriótico (nacionalista) de Giner y de la Institución, en un verdadero símbolo de los valores vertebradores de la propia historia y de la propia identidad nacional. Si en términos naturalistas, geológicos, Macpherson había dicho, en 1883, que la Sierra de Guadarrama formaba parte de la “columna vertebral de la Península Ibérica” (MACPHERSON, 1883: 358), poco después, en 1886, Giner la consideraba, desde el punto de vista cultural y moral, la “espina dorsal de España” (GINER DE LOS RÍOS, 1886: 92).

2. EL FOMENTO DEL ACERCAMIENTO A LA SIERRA

La nueva imagen cultural del paisaje de la Sierra de Guadarrama ofrecida por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, con todos sus componentes valorativos, contribuyó directamente a fomentar el acercamiento a ese ámbito. La práctica excursionista y deportiva en la Sierra, casi inexistente todavía a finales del siglo XIX, se fue incrementando gradualmente desde entonces, y ello se debió en buena medida a la influencia de las actitudes y las ideas promovidas por el círculo institucionista. Ya en el relato de la primera excursión que hizo Giner a la Sierra de Guadarrama, en el verano de 1883, con unos cuantos profesores y alumnos de la Institución, se animaba a los madrileños a alejarse del insano ambiente de la ciudad y a frecuentar el valle del Lozoya. Los excursionistas de la Institución consideraron entonces que la mejor manera de salvar a la Cartuja del Paular de su creciente abandono era convertirla en “un centro de encanto y de atracción hacia aquellos valles y

montañas”, que pudiera estimular a “los burgueses de la capital, hartos de masticar polvo en el Prado”, a animarse “a estirar las piernas, a respirar aire puro, a gozar de esos paisajes, sin rival en su género”, e incluso “a construir sus casitas de campo alrededor del Monasterio; poblando y civilizando esa comarca a la usanza europea”. Eso era lo que sugerían los institucionistas, en los años ochenta del siglo XIX, para alentar el acercamiento de los madrileños al paisaje de uno de los lugares que más apreciaron en la Sierra de Guadarrama, el valle del Lozoya, con la Cartuja del Paular en su seno y Peñalara al fondo, lo que ayudaría, en su opinión, a preparar “una generación más sana de cuerpo y de alma” que la que entonces se desenvolvía en la ciudad, alternando la atmósfera “asfixiante” de los cafés con la “mefítica” de casi todas las viviendas. (INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, 1886-1887, XI: 111).

El círculo institucionista procuró así expresamente, como se ve, promover el acercamiento a la Sierra, fomentar un mejor conocimiento y disfrute de su paisaje. Y sus sugerencias en ese sentido no cayeron en saco roto. Poco a poco, prolongando la práctica que ellos mismos habían iniciado —facilitada además, desde 1912, por la casa-refugio que la Institución levantó en El Ventorrillo, cerca del Puerto de Navacerrada—, se fueron generalizando las excursiones, que llevaron a la fundación, en los primeros decenios del siglo siguiente, de las primeras asociaciones excursionistas madrileñas. Lo mismo sucedió con la actividad deportiva, sobre todo la de nieve, que contó con los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza entre sus primeros practicantes, y que creció de forma gradual y sostenida, impulsada asimismo, desde su constitución, por las asociaciones excursionistas. La imagen institucionista del paisaje del Guadarrama contribuyó directamente a estimular en él la práctica excursionista y deportiva, ayudando así en gran medida a conformar su caracterización turística a lo largo del primer tercio del siglo XX.

El alcance de esa influencia del círculo institucionista no se detuvo en los ambientes intelectuales más próximos, sino que llegó hasta las manifestaciones más generalizadas del turismo serrano. El descubrimiento institucionista de la Sierra estuvo en el origen de toda su utilización excursionista y deportiva, que creció con rapidez en los primeros decenios del siglo XX, antes de la guerra civil. John Dos Passos, en su *Rocinante vuelve al camino*, el libro que dedicó a las impresiones de sus primeras estancias en España, habló de la notable influencia de Giner y los institucionistas en el desarrollo —y hasta en la “moda”— del turismo serrano, en la segunda mitad de los años diez. “En lo alto del puerto —escribió Dos Passos—, la gente estaba patinando. Sobre la nieve endurecida del camino había cáscaras de naranja. Por él avanzaba un carruaje conduciendo una pomposa y aburrida pareja, muy forrada en pieles. — ¿A qué parte del mundo van éstos? — Al Puerto de Navacerrada, contestó mi amigo. — Pero parece que estarían más a gusto tomando el té en Casa de Molinero que ascendiendo sobre la nieve. — Sin duda alguna; pero ésta es la moda... deporte de invierno... y todo porque un hombre pequeño, delgado y moreno, que murió hace dos años, amaba las montañas. — ¿Quién era ese hombre? — Don Francisco Giner” (DOS PASSOS, 1923: 155).

La influencia institucionista en la configuración de la práctica turística guadarraña anterior a la guerra civil fue, en resumen, intensa y amplia, y vamos a considerar aquí, en lo que sigue, dos de sus expresiones más significativas. En primer lugar, la actividad excursionista y de veraneo que se desarrolló, desde finales del siglo XIX, en la Cartuja del Paular, a la que se añadió además después otra de carácter artístico, centrada en la pintura de paisaje. Y, en segundo lugar, la labor llevada a cabo por la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, cuyo modo de entender y poner en práctica el acercamiento a la Sierra responde fielmente a las propuestas ginerianas e institucionistas.

3. VERANEO, EXCURSIONES Y ARTE EN LA CARTUJA DEL PAULAR

El fuerte atractivo natural y estético del valle del Lozoya —“acaso el paisaje más encantador de la vecina sierra, y sin duda uno de los más bellos de la península”, en palabras de Lucas FERNÁNDEZ NAVARRO (1915: 260)— estaba, además, reforzado por la presencia, en su parte alta, de un testimonio histórico y artístico importante: la Cartuja de Santa María del Paular. Aquella huella de tiempos pasados, de los tiempos de la Castilla medieval de los Trastámaras, contribuía de forma muy destacada, con su armónica relación con los alrededores naturales, su significado histórico y sus riquezas artísticas, a realzar el interés del paisaje del valle.

La renovada interpretación institucionista de la Cartuja del Paular se expresó con bastante claridad en el relato de la excursión del verano de 1883. Además de describirla y caracterizarla con criterios históricos y artísticos actualizados, vieron en ella un testimonio significativo de la cultura y la sociedad bajomedievales, de la historia interna o intrahistoria de la Castilla de los Trastámaras. Y ello les interesó especialmente, por remitir a un ámbito geográfico y a un tiempo histórico, Castilla y la Edad Media, que desempeñaron un papel destacado en las interpretaciones institucionistas de la Historia de España. Su visión historiográfica tendió a ver en la Castilla medieval el origen de los mejores valores y cualidades del carácter nacional, y a señalar después, atribuyéndole un comienzo más o menos próximo, un severo proceso de decadencia histórica, interior y exterior, que había llevado al país a una situación difícil y lamentable. La Cartuja del Paular, gravemente deteriorada tras su desamortización, fue entendida por los institucionistas —y por muchos otros, después de ellos— como una metáfora de lo mejor del pasado y de lo peor del presente, del auge y de la decadencia, de la trayectoria histórica española (ORTEGA CANTERO y GARCÍA ÁLVAREZ, 2009: 73-81).

La Cartuja del Paular despertó un gran interés en los círculos intelectuales y excursionistas madrileños de los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX, tras la valoración institucionista de los años ochenta. Su ubicación, dentro del ámbito más

apreciado de la Sierra de Guadarrama, contribuyó a aumentar su atractivo. Situada en la parte alta del valle del Lozoya, enmarcada por las mayores alineaciones montañosas del Guadarrama, ofrecía un emplazamiento especialmente rico en valores naturales y paisajísticos, y muy apropiado además, por su posición central en el conjunto de la Sierra, para constituir una estación principal del veraneo y el excursionismo.

En los años ochenta, cuando Giner y sus compañeros de excursión la visitaron, se ofrecía ya allí la posibilidad de veranear en el edificio desamortizado. Era posible alojarse, durante el verano, en la parte que no había sido comprada de nuevo, a mediados de los años setenta, por el Estado, la parte que no se había considerado monumental, que comprendía el claustro primitivo, con sus celdas, y el antiguo palacete de Enrique III. “Los dueños del Monasterio —se lee en el relato de la excursión institucionalista de 1883— suelen alquilar económicamente algunas habitaciones a familias de Madrid, para pasar el verano” (INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, 1886-1887, XI: 128). Pero ese incipiente veraneo en la Cartuja requería además vencer los inconvenientes que entonces lo acompañaban, debidos en gran medida a la situación del lugar y a la dificultad de llegar hasta allí en aquellos años, llevando además muebles y provisiones, cuando no existían todavía las carreteras de acceso desde Miraflores de la Sierra, por el puerto de la Morcuera, y desde los puertos de Navacerrada y de Cotos.

Las dificultades del alojamiento veraniego en la Cartuja no llegaron a ocultar, sin embargo, las valiosas cualidades que reunía aquel lugar para los amantes del Guadarrama. Se mantuvo así su funcionamiento como centro de veraneo, y a principios de siglo frecuentaban con regularidad la Cartuja durante los meses estivales algunas familias próximas al mundo de la Institución Libre de Enseñanza, entre las que se contaban la de Ramón Menéndez Pidal y María Goyri, la de José Ibáñez Marín y Carmen Gallardo, y la de Rafael Troyano y Concha de los Ríos. Como recordaba Fernanda Troyano de los Ríos, hija de los últimos, que era entonces una niña, se alojaban en “algunas celdas muy someramente arregladas” que alquilaban en la Cartuja. A esas familias se agregaban además, añade Fernanda Troyano, algunos “excursionistas y chicos que iban solos, sin familia”, que “generalmente eran estudiantes, poetas, pintores, y siempre, no sé por qué, un grupo de alemanes”. A ese núcleo reducido de veraneantes pertenecieron los escritores Enrique de la Vega, Enrique de Mesa y Francisco Villegas, asiduos de la Cartuja. (TROYANO DE LOS RÍOS, 1983: 60-62).

La primera excursión por la Sierra de Guadarrama de Constancio Bernaldo de Quirós, en septiembre de 1902, con cuatro amigos —Enrique de Mesa, Enrique de la Vega, Luis de Gorostizaga y Enrique García Herreros—, pasó por la Cartuja del Paular, donde descubrieron todos ellos, entre los que se encontraban tres de los futuros fundadores de la Sociedad excursionista Peñalara, el gran atractivo de aquel edificio y aquel paisaje. Tras esa primera visita, recuerda Bernaldo de Quirós, “en todo el primer año no salimos del Paular, que nos retenía con su encanto”. Iban allí “una y otra vez, por los tres puertos o por el camino del río, en las cuatro estaciones, a todas las horas, bajo todos los meteoros” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1929: 136). Dos de ellos, Enrique

de la Vega y Enrique de Mesa, especialmente sensibles a ese encanto, aunque cada uno a su manera, hicieron además de la Cartuja su lugar habitual de veraneo.

Fue también en 1902 —en una tarde “fría, cenicienta, amenazando nieve”, de finales del año— cuando esos cinco amigos visitaron a José Ibáñez Marín y Carmen Gallardo, instalados en la Cartuja del Paular, y coincidieron allí con unos cuantos niños, alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, que estaban de excursión, tutelados por Manuel Bartolomé Cossío y otros dos profesores. Cossío hablaba con sus anfitriones “del placer de encontrarse allí, cuando la sierra se encontraba en toda su actividad, en pleno invierno”, y del deseo de que “cundiese en España la afición al excursionismo, el amor a la Naturaleza”, por “lo que enseña y lo que se aprende, lo que ganan el cuerpo y el espíritu”. Al día siguiente, con el valle cubierto de nieve y los puertos de montaña intransitables, los cinco amigos volvieron a ver a Cossío y a sus acompañantes, que se alejaban de la Cartuja por el camino del río Lozoya, y pensaron, recuerda Bernaldo de Quirós, en la “ventaja” que entrañaba para los niños “aquella pedagogía inteligente y buena” de la Institución Libre de Enseñanza (BERNALDO DE QUIRÓS, 1905: 59-60 y 63-64).

José Ibáñez Marín, entonces Comandante de Infantería y autor de varias obras de Historia militar, asiduo de la Cartuja, era un decidido partidario del excursionismo y, además, un defensor de la conveniencia de introducirlo en la milicia, haciendo así posible la formación en su seno de grupos especiales de montaña (CANOSA ZAMORA y MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, 2009: 168-179). Fundó y presidió la Sociedad Militar de Excursiones, núcleo montañero temprano y precursor, que constituyó, en palabras de Bernaldo de Quirós, uno de los “raros grupos muy poco numerosos” que recorrían “los senderos de la Sierra” a principios del siglo XX, junto a los alumnos y profesores de la Institución Libre de Enseñanza, dirigidos por Giner y Cossío, los estudiosos del Museo de Ciencias Naturales, encabezados por Ignacio Bolívar, y algunos alemanes, con Carlos Coppel al frente (BERNALDO DE QUIRÓS, 1929: 136). Ibáñez Marín y su Sociedad Militar de Excursiones estuvieron así entre los primeros que recorrieron con regularidad la Sierra de Guadarrama. Tras su muerte en la guerra de África, en julio de 1909, la Sociedad Militar de Excursiones levantó un sencillo monumento dedicado a su memoria en la cumbre del puerto del Reventón.

En los primeros años del siglo XX, la Cartuja del Paular era ya un centro de veraneo bastante consolidado, aunque, desde luego, minoritario y poco convencional. Era un lugar retirado y tranquilo, pródigo en valores naturales e históricos, donde era posible alquilar (en verano, pero también en otras épocas del año) celdas o habitaciones del antiguo edificio desamortizado, e instalarse así en el corazón mismo de la Sierra de Guadarrama, en contacto directo con sus cualidades más sobresalientes. “En la fragosa entraña de la sierra vecina —escribió Enrique de Mesa— hay un rincón apacible, de soledad y de ventura. Fue un tiempo retiro de monarcas, lugar de clausura y de rezo. Hoy está abandonado. Donde se oyeron preces y cantos de frailes, ahora sólo se escuchan las perdurables, viejas canciones del agua y del viento” (MESA, 1916: 9). Eran la soledad y el retiro de aquel sitio, conectados con la memoria de su pasado

histórico y con su valor artístico, la posibilidad de aproximarse allí a la naturaleza y sentir directamente sus beneficios, los rasgos que más contribuyeron a prestigiar el atractivo residencial de la Cartuja en los ambientes intelectuales y artísticos madrileños.

La imagen del Paular se asociaba así a la posibilidad de alejarse del tráfico de la ciudad, con todas sus consecuencias y secuelas, y de acercarse a la serenidad de la naturaleza, con todos sus valores y efectos saludables. El escritor Rafael Cansinos-Asséns ofrece en sus memorias un buen ejemplo, no exento de ironía, de esa imagen de la Cartuja. Cuando él y su amigo Manolo Molano se sintieron hartos y hastiados de las diversiones nocturnas madrileñas, de sus andanzas por los cafés y las tabernas entonces de moda, de su vida bohemia, decidieron, entre abatidos y animosos, apartarse del “veneno de la ciudad” y “buscar el contacto de la naturaleza”. Y para ello nada mejor que la Cartuja del Paular: “nos acogeremos —dice Molano— a la sombra del viejo monasterio, viviremos en una celda de monje, comeremos platos rústicos, sencillos, aderezados por Justa, la guardesa, beberemos leche en vez de vino, pasearemos por los campos, leeremos el *Kempis* y a Rousseau, meditaremos y dormiremos como dos pastores, a la sombra de los árboles...” (CANSINOS-ASSÉNS, 1982: 236-237).

Junto a su significado como lugar de veraneo, El Paular adquirió también una importancia destacada en el excursionismo serrano. No era sólo un lugar valioso, que merecía la pena visitar, sino que además era posible encontrar allí alojamiento y comida, con lo que se facilitaban las caminatas por el valle del Lozoya y sus vecinas elevaciones montañosas. La Cartuja era el primer lugar acogedor que podían encontrar quienes entraban en el valle por cualquiera de los puertos de montaña que flanqueaban su cabecera —la Morcuera, los Cotos, el Reventón—, tras recorrer los caminos y las sendas, a menudo fatigosos, que existían entonces. En los primeros años del siglo, se llegaba allí, como recuerda un excursionista, después de una “marcha penosa entre breñas y malas sendas (que la carretera no existía), sin haber encontrado en todo el camino más refugio que alguna choza de pastores o alguna cabaña abandonada, de hacheros” (PEÑALARA, 1926: 94). El crecimiento gradual del excursionismo serrano durante el primer tercio del siglo, ayudado en buena medida por la fundación, en esos mismos años, de las Sociedades excursionistas madrileñas más destacadas, contribuyó a consolidar y desarrollar ese carácter acogedor de la Cartuja del Paular.

La creciente importancia de la Cartuja como centro de veraneo y excursiones se proyectó además en términos literarios y gráficos. Fueron numerosos los comentarios y artículos dedicados a ella, a menudo con ilustraciones fotográficas del conjunto y de sus partes más interesantes, en diversas revistas culturales y deportivas. Las publicaciones periódicas de las sociedades excursionistas de entonces (la revista *Peñalara*, el *Anuario del Club Alpino Español*) y algunas otras que se interesaron igualmente por el excursionismo serrano, como *Aire Libre*, *Heraldo Deportivo*, o *Alrededor del Mundo*, hablaron con frecuencia de la Cartuja, de sus valores naturales, históricos y artísticos, de la belleza del paisaje de sus alrededores, de sus atractivos para los veraneantes o los excursionistas, del deterioro que estaba sufriendo desde que fue desamortizada. Y

empezaron a aparecer, además, algunas guías turísticas sobre el lugar, como la que publicó relativamente pronto, a mediados de los años diez, Francisco F. Villegas, escritor y amigo de los poetas Enrique de Mesa y Enrique de la Vega, a quien rinde homenaje en su obra, y habitual, como ellos, de los veraneos en aquel lugar. En ella aporta un ejemplo acabado y elocuente de la valoración de la Cartuja del Paular que resultaba habitual en aquellos años, en la que convivían el elogio de su pasado y el lamento por todo lo que, después, había hecho de buena parte de ella, como dice Villegas, un montón de "ruinas y escombros" (VILLEGAS, 1915: 51).

También se desarrolló en la Cartuja del Paular, desde finales de los años diez, una actividad artística estacional, que añadió a las otras características del lugar, como ser sitio de veraneo y estación del excursionismo serrano, la de constituir un centro de la pintura de paisaje. En febrero de 1918, siendo Director General Mariano Benlliure, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes creó allí, en el recinto del Monasterio, la Residencia de paisajistas del Paular, dependiente de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Se dispuso que pudiesen estar en la Cartuja, durante los meses de verano, de junio a septiembre, nueve alumnos oficiales, españoles y extranjeros, pensionados por el Estado, a los que podrían agregarse otros, sin ayuda económica estatal, para dedicarse a practicar la pintura de paisaje. Las obras realizadas se expondrían después, en un salón de otoño, con premios en metálico para las mejores, y con la posibilidad incluso de que las más meritorias pasasen al Museo de Arte Moderno.

La Sociedad excursionista Peñalara, que consideró esa iniciativa interesante pero limitada, ya que los pintores tendían a resolver su trabajo con panorámicas desde fuera, sin adentrarse en la Sierra, añadió, en 1928, en esa misma dirección, la posibilidad de mantener por su cuenta a algunos pintores en sus albergues de la Fuenfría y Navacerrada, para que pudiesen cultivar allí el paisajismo de altura. Con todo, a pesar de sus defectos, la Residencia de paisajistas del Paular contribuyó, con sus campañas veraniegas y con las exposiciones en las que se mostraban públicamente los resultados, a desarrollar la pintura de paisaje y a divulgar la imagen de la Sierra de Guadarrama. Gregorio Prieto, José Frau, Joaquín Peinado, José Morales Alarcón o Pedro Bueno fueron algunos de los pintores que estuvieron pensionados, antes de la guerra civil, en la Cartuja. La Residencia del Paular ayudó, a su manera, a ampliar y enriquecer la proyección de la Cartuja del Paular y de sus paisajes.

Con los aspectos considerados se conformó, en los últimos decenios del siglo XIX y en los primeros del XX, la imagen de la Cartuja del Paular. Fue un centro de veraneo y de descanso, una estación excursionista, y un foco de pintura de paisaje. No solo se vio en ella un lugar pródigo en cualidades naturales, artísticas e históricas, sino también un lugar de gran valor metafórico y simbólico. Siguiendo el camino inicialmente abierto, en los años ochenta, por la valoración institucionista, se entendió a menudo la Cartuja, con sus tiempos de esplendor y sus tiempos de postración, como una metáfora de la historia de España, de su pasado y de su presente. Y en su imagen llegaron a ver algunos, como el poeta Enrique de Mesa, un símbolo nacional, un verdadero símbolo de España (Mesa, 1916). Todo ello contribuyó a hacer de la Cartuja del Paular

uno de los lugares más significados de la Sierra. Y todo ello se halla directamente conectado con el importante papel que desempeñó en la configuración del horizonte turístico de la Sierra,

4. LA LABOR DE LA SOCIEDAD PEÑALARA

También influyó la imagen cultural del paisaje de la Sierra de Guadarrama conformada por Giner y la Institución en los planteamientos de las Sociedades de excursiones que se organizaron en Madrid a principios del siglo XX, y, muy especialmente, en la Sociedad Peñalara, que fue la más cercana al horizonte institucionista. Esas Sociedades contribuyeron en buena medida al desarrollo de la práctica turística en la Sierra, apoyando las actividades excursionistas y deportivas y, en algunas ocasiones, como hemos visto, hasta las artísticas.

La Sociedad Peñalara desempeñó, en ese sentido, un papel destacado. Fue constituida, en abril de 1913, por un grupo limitado de excursionistas —“Los Doce Amigos”—, entre los que se encontraba Constancio Bernaldo de Quirós, que fue su primer Presidente hasta 1916 y dirigió su revista hasta 1925. Antes se habían formado también en Madrid otras dos Sociedades similares. En primer lugar, el Club Alpino Español, constituido oficialmente en mayo de 1908 (aunque había iniciado sus actividades, como “Twenty Club”, con anterioridad), bajo la presidencia de Manuel González de Amezúa, y, en segundo lugar, la Sociedad Deportiva Excursionista, que se fundó en mayo de 1913 (NICOLÁS MARTÍNEZ, 1998: 184-185 y 194-196).

La labor desarrollada por Peñalara, desde su fundación hasta el comienzo de la guerra civil, fue amplia y diversa, y contribuyó decisivamente a impulsar en esos años la práctica excursionista y deportiva en la Sierra, participando así muy activamente en el desarrollo de su dimensión turística. Pero su labor no se limitó a esa práctica, sino que comprendió también, al tiempo, otras actividades de distinta índole. Ante todo, la edición de su revista mensual ilustrada *Peñalara*, que apareció regularmente durante todos esos años, y que fue, sin duda, con sus colaboraciones literarias, a menudo muy cualificadas, y su documentación gráfica, un factor importante en la difusión de la imagen moderna del Guadarrama y de sus posibilidades turísticas. Y, además, la Sociedad protagonizó muchas otras actuaciones —conferencias, exposiciones de pintura y fotografía de montaña, ayuda a jóvenes paisajistas, formación de comisiones internas para el estudio de aspectos como la toponimia, construcción de refugios y albergues, fomento del veraneo serrano, entre otras— que contribuyeron también a promover el acercamiento a la Sierra. Sin entrar aquí en el detalle de esas actividades, lo que interesa destacar es que todas ellas, incluso las más estrictamente deportivas, estuvieron presididas por una decidida intención cultural, que, además de constituir el principal rasgo distintivo de la Sociedad, manifiesta con meridiana claridad la directa conexión de su planteamiento con el horizonte gineriano e institucionista. Peñalara fue, ante todo, como ha señalado Eduardo Martínez de Pisón, “un

hecho cultural”, una iniciativa con un carácter cultural “de significativa entidad”, patente en su revista y en todas sus actuaciones, y en ello residió la clave de su singularidad y su importancia (MARTÍNEZ DE PISÓN, 1999: 108-113).

Quiso la Sociedad Peñalara, como recuerda su primer Presidente, realizar una “labor de cultura y estudio” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1919: 251), procurando no olvidar que, sin “los estímulos intelectuales y estéticos”, el alpinismo no pasaba de ser, “un insignificante, estéril deporte” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1918a: 116). En ello puso un empeño muy especial el propio Bernaldo de Quirós, que se esforzó siempre en mantener viva esa labor cultural y de estudio, esa presencia de los estímulos intelectuales y estéticos, hasta convertirlos en un signo distintivo, arraigado y característico, del quehacer de la Sociedad Peñalara. No estaba dispuesto a que la Sociedad se encerrase en lo que una nota de su revista, seguramente redactada por el mismo Bernaldo de Quirós, llamaba “alpinismo estéril”, a que quedase limitada “a la escalada de las rocas peligrosas como fin exclusivo de sí mismo”. Debía, por el contrario, mantenerse fiel a su “tradición”, no volver la espalda “a la poesía, ni al arte, ni a la ciencia” (PEÑALARA, 1918: 233). Lo que pretendía hacer la Sociedad Peñalara, era, también en palabras de Bernaldo de Quirós, “unir, para el sentimiento de la montaña, la ciencia de los sabios con la fantasía de los poetas y la energía de los hombres de acción” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1918b: 80).

La Sociedad Peñalara se mantuvo así especialmente atenta a los variados aspectos culturales implicados en el acercamiento a la naturaleza y al paisaje, sin olvidar la dimensión científica del asunto. Esa postura de la Sociedad, que se manifestó en todas las actividades que organizó, se expresó con gran claridad en su revista *Peñalara*, que nació, como la propia Sociedad, en octubre de 1913. Sus páginas recogieron con fidelidad el talante cultural de la Sociedad, y contribuyeron, desde sus inicios, a impulsar el conocimiento de la Sierra de Guadarrama, prestando atención a aspectos bastante variados, que iban desde los de índole naturalista y geográfica, hasta los de carácter histórico y artístico. Al igual que la Sociedad, la revista *Peñalara* desempeñó, en el primer tercio del siglo XX, como advirtió Manuel Mollá Ruiz-Gómez, un papel destacado y valioso no sólo en el fomento de la afición excursionista, sino también en “el desarrollo de las investigaciones científicas” y en la afirmación del “sentido cultural y educativo de la Sierra” (MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, 1992: 325).

La orientación cultural de Peñalara y el interés que mostró por el conocimiento de la Sierra de Guadarrama se deben sobre todo, como se ha señalado anteriormente, a su directa relación con el horizonte gineriano e institucionista. Los responsables de la Sociedad y, muy especialmente, Bernaldo de Quirós, se sintieron y se declararon continuadores de la labor de Giner, seguidores de los caminos que abrió al excursionismo y a la visión moderna del paisaje en la Sierra de Guadarrama. La fidelidad al legado de Giner y de la Institución, a su modo de entender las excursiones y de acercarse al paisaje, de conocerlo y de valorarlo, fue otro de los rasgos distintivos, especialmente patente en los años iniciales, de la perspectiva de la Sociedad Peñalara, de sus ideas, sus intenciones y sus variadas actividades. A ello contribuyó de forma muy destacada

el propio Bernaldo de Quirós, discípulo de Giner y principal artífice de los planteamientos de la Sociedad.

Constancio Bernaldo de Quirós asistió, en los años noventa, a las clases de Filosofía del Derecho de Francisco Giner en la Universidad de Madrid, pertenecientes a los estudios del doctorado, y se mantuvo luego fiel a su ideario. Conjugó su formación de jurista con una amplia curiosidad intelectual —que comprendió aspectos geográficos y naturalistas, históricos y artísticos, sociológicos y folclóricos— y con una inclinación marcada y constante hacia el excursionismo, principalmente el guadarraquista. Relató su excursión inicial a la Cartuja del Paular, en septiembre de 1902, en compañía de Mesa, Vega, García Herreros y Gorostizaga, en las páginas del *Boletín* institucionista (BERNALDO DE QUIRÓS, 1902). Y la gran atención que prestó desde entonces a la Sierra de Guadarrama se plasmó en numerosas publicaciones posteriores, entre las que se contaron sus artículos, reproducidos en el mismo *Boletín* de la Institución, sobre la historia de su descubrimiento, su colonización y su conquista.

En 1905, publicó Bernaldo de Quirós, con el título de *Peñalara*, unas cuantas narraciones conectadas con sus primeras experiencias excursionistas (BERNALDO DE QUIRÓS, 1905). Era un librito breve y sugestivo, formado por siete relatos, con algunas fotografías, en el que iba ofreciendo el autor sus impresiones de los lugares que había recorrido, con sus amigos excursionistas, en los años anteriores: la laguna y la cumbre de Peñalara, la Sierra de Malagón y el Cerro de San Benito, La Granja y el puerto del Reventón, El Paular y el valle del Lozoya, Pedraza, Sepúlveda y Segovia. Este libro de Bernaldo de Quirós, con su recopilación de impresiones excursionistas de la Sierra de Guadarrama y de sus alrededores castellanos, fue el primero de los que, con similar carácter, se publicaron en los primeros decenios del siglo XX, como las *Andanzas serranas* de Enrique de Mesa, de 1910, que fue, sin duda, el más logrado de todos ellos, el que José Fernández Zabala tituló *De la Sierra brava*, aparecido tres años más tarde, o las *Andanzas castellanas* de Juan Almela Meliá, de 1918.

Otra publicación precursora de Bernaldo de Quirós fue su *Guía alpina del Guadarrama*, aparecida en 1909, con el fin de reemplazar, como indicaba el propio autor, “con alguna ventaja probable y con una economía cierta, al guía personal que el primerizo necesita tomar en ocasiones para dirigir sus pasos”. Era una obra surgida de la propia experiencia excursionista de Bernaldo de Quirós, que iniciaba la serie de ese tipo de publicaciones sobre la Sierra. En las páginas iniciales, dejaba ver con claridad su proximidad al círculo gineriano e institucionista, y el gran valor que concedía a sus iniciativas en pro de un mejor conocimiento de la Sierra, al agradecer a su “querido maestro D. Francisco Giner” la autorización para reproducir algunos “documentos gráficos” que procedían del geólogo Macpherson, “el mayor estudioso que ha tenido el Guadarrama” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1909: 10-14). Porque José Macpherson, en su testamento, había legado todo su material científico a Giner, quien lo puso a disposición de la Institución Libre de Enseñanza, en cuya sede se preparó un local para instalarlo.

Dentro de la serie geológica de los Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, publicó Bernaldo de Quirós, en 1915, una obra de conjunto, sintética, sobre la Sierra (BERNALDO DE QUIRÓS, 1915). La obra, titulada *Guadarrama*, se diferenciaba de las otras del conjunto al que pertenecía por su más acusada intención divulgadora. Sin perder de vista por ello el carácter científico de esa serie, y añadiendo a las consideraciones naturalistas otras de variada índole (sobre los hombres y los pueblos del Guadarrama, sobre sus castillos, monasterios y palacios, y sobre los poetas y pintores de la Sierra), Bernaldo de Quirós ofreció una imagen clara y actualizada de todo el ámbito serrano, o, como decía Eduardo Hernández-Pacheco en el prólogo, una “impresión rápida y exacta del conjunto del Guadarrama” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1915: 4-5). Al interés del texto escrito por Bernaldo de Quirós se añadía el de sus ilustraciones gráficas. Contenía una serie de fotografías, realizadas casi todas ellas por miembros de la Sociedad Peñalara, y una visión panorámica, sumamente valiosa, que había dibujado Juan Carandell, desde un punto de vista imaginario situado, a una altura de tres mil metros, sobre Talavera de la Reina.

El *Anuario del Club Alpino Español* de 1921 publicó otro trabajo notable de Bernaldo de Quirós: el que dedicó a la Pedriza de Manzanares, un lugar muy apreciado y frecuentado por el autor, que lo recorrió por vez primera, junto a su amigo Juan Almela Meliá, en marzo de 1908, durante una excursión que ambos consideraron, con razón, como el escalón inicial en el descubrimiento y en la exploración de aquel paraje, muy desconocido hasta entonces. Tras los pasos iniciales de Bernaldo de Quirós y Meliá, los socios de Peñalara pusieron, desde el principio, un especial empeño en dar a conocer aquel lugar ignorado y de difícil acceso. A ese propósito de mejorar el conocimiento de la Pedriza de Manzanares, y de favorecer allí la práctica excursionista, respondió el trabajo que publicó Bernaldo de Quirós en el *Anuario del Club Alpino Español*. Proporcionaba una visión de conjunto de la Pedriza, de su localización en la Sierra de Guadarrama, de sus sitios principales, de su formación y de su toponimia, asunto que le interesó siempre mucho, y daba indicaciones útiles y precisas sobre itinerarios, refugios y vías de escalada. Se refería en ella también al carácter del paisaje de la Pedriza, en un capítulo que contenía además algunas consideraciones interesantes sobre la evolución de las formas de percibir y valorar la montaña, y hablaba, en otro capítulo, de la figura de Francisco Giner, “el más ilustre y eficaz de los precursores del alpinismo castellano” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1921: 57), a cuya memoria había dedicado la Sociedad Peñalara, precisamente en aquel ámbito, la lápida que colocó, en junio de 1915, poco después de su muerte, en el Canto del Tolmo, y el primero de sus refugios de montaña —el refugio Giner, en la Umbría Calderón—, que se inauguró en mayo de 1916. La Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística reeditó la obra en 1923, con modificaciones leves en el contenido y en el título, que pasó a ser *La Pedriza del Real de Manzanares*, y sin las más de treinta fotografías —muchas de ellas de Meliá— que acompañaban al texto en la primera edición (BERNALDO DE QUIRÓS, 1923).

La labor de Bernaldo de Quirós en favor de un mejor conocimiento de la Sierra de Guadarrama, y de un mayor acercamiento, sobre todo a través de las excursiones, a su naturaleza y su paisaje, fue importante y duradera, convirtiéndole en uno de los más destacados exponentes del guadarramismo de ascendiente gineriano e institucionista. Defendió siempre la conveniencia de estrechar las relaciones de los madrileños con el ámbito serrano, y afirmó una y otra vez que de esa aproximación sólo cabía esperar efectos favorables para el cuerpo y para el espíritu. La Sierra de Guadarrama “devuelve en energía y en salud —escribió, por ejemplo, en su *Guía alpina*— el esfuerzo gastado en conocerla”, y “procura, además, en las altas cumbres un género de estética acabado por la perfección de las sensaciones de silencio y de quietud de las grandes masas rocosas levantadas en sentido vertical” (BERNALDO DE QUIRÓS, 1909: 61). Con esas ideas, la labor de Bernaldo de Quirós y de la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara prolongó la perspectiva institucionista y colaboró de forma destacada a ampliar, de acuerdo con ella, la proyección turística del Guadarrama.

BIBLIOGRAFÍA

- AZORÍN (1929): “Cossío”, *ABC*, 31 de diciembre, pp. 6-7.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1902): “En la Cartuja del Paular”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, año XXVI, nº 511, pp. 305-312.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1905): *Peñalara*, Madrid, Viuda de Rodríguez Serra (Biblioteca Mignon, XLV).
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1909): *Guía alpina del Guadarrama*, Madrid, Librería de Fernando Fe.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1915): *Guadarrama*. Gráficos de J. Carandell. Prólogo de E. Hernández-Pacheco, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica, 11).
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1918a): “Andanzas castellanas”, *Peñalara*, nº 52, pp. 116-117.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1918b): “Hernández-Pacheco, Fernández Navarro, Obermaier”, *Peñalara*, nº 51, pp. 79-80.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1919): “Nuestro pirineismo”, *Peñalara*, nº 69, pp. 249-251.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1921): “La Pedriza de Manzanares”, *Anuario del Club Alpino Español*. 1921, Madrid, pp. 5-80 + 22 láminas.

- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1923): *La Pedriza del Real de Manzanares*, Madrid, Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, 2ª ed. corregida y aumentada.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. (1929): "Enrique de Mesa", *Peñalara*, nº 186, pp. 135-137.
- CANOSA ZAMORA, E. y MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, M. (2009): "Otras valoraciones del paisaje: el excursionismo militar", en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ORTEGA CANTERO, N. (eds.): *Los valores del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, pp. 167-198.
- CANSINOS-ASSÉNS, R. (1982): *La novela de un literato (Hombres-Ideas-Efemérides-Anécdotas...)*. I. (1882-1914). Edición de R. M. Cansinos, Madrid, Alianza.
- DOS PASSOS, J. (1923): "Don Francisco Giner de los Ríos", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, año XLVII, nº 758, pp. 154-159.
- FERNÁNDEZ NAVARRO, L. (1915): "El valle del Lozoya", *La Lectura*, nº 171, pp. 260-271.
- FOX, I. (1997): *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra.
- GINER DE LOS RÍOS, F. (1886): "Paisaje", *La Ilustración Artística*, nºs 219 y 220, pp. 91-92 y 103-104. [Este artículo está recogido en Giner de los Ríos, F. (2004): *Obras selectas*. Edición de I. Pérez-Villanueva Tovar, Madrid, Espasa Calpe, pp. 792-801].
- INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA (1886-1887): "Excursión durante las vacaciones del verano de 1883", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, año X, nº 237, p. 384, año XI, nºs 239, 243, 244, 245, 246 y 247, pp. 31-32, 95-96, 111-112, 127-128, 143-144 y 159-160.
- LÓPEZ-MORILLAS, J. (1980): *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, México D. E., etc., Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. revisada.
- MACPHERSON, J. (1883): "Sucesión estratigráfica de los terrenos arcaicos de España", *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XX, pp. 341-378.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1983): "El espacio natural de Madrid", *Revista de Occidente*, nºs 27-28, pp. 137-150.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1999): "Sobre la identidad cultural de la Sociedad Peñalara", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nºs 34-35, pp. 107-130.
- MESA, E. de (1916): *El silencio de la Cartuja*, Madrid, Renacimiento.
- MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, M. (1992): "El conocimiento naturalista de la Sierra de Guadarrama. Ciencia, educación y recreo", en GÓMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N. (dirs.): *Naturalismo y Geografía en España*, Madrid, Fundación Banco Exterior, pp. 275-345.

- NICOLÁS MARTÍNEZ, P. M. (1998): “Los deportes de montaña en la Sierra de Guadarrama”, en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (dir.): *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, pp. 181-217.
- ORTEGA CANTERO, N. (2001): *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Caja Madrid y Raíces.
- ORTEGA CANTERO, N. y GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2009): “Paisaje y lugares de memoria: Covadonga y El Paular”, en MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ORTEGA CANTERO, N. (eds.): *Los valores del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, pp. 45-93.
- PEÑALARA (1915): “Don Francisco Giner de los Ríos”, *Peñalara*, nº 15, pp. 33-34.
- PEÑALARA (1918): “Peñalara en la revista La Montagne”, *Peñalara*, nº 56, p. 233.
- PEÑALARA (1926): “Un peñalero viejo: Necrología”, *Peñalara*, nº 149, p. 94.
- TROYANO DE LOS RÍOS, F. (1983): “Fragmento de las memorias”, en PARAJÓN, M.: *El Monasterio de Santa María del Paular*, León, etc., Everest, pp. 60-62.
- VILLEGAS, F. F. (1915): *La Cartuja del Paular*, Madrid y Buenos Aires, Renacimiento.
- XIRAU, J. (1969): *Manuel B. Cossío y la educación en España*, Barcelona, Ariel, 2ª ed.